

LOS HIJOS DE LA GUERRA

MARÍA ISABEL PORRAS MONTOYA

Los hijos de la guerra

ÍNDICE

| | |
|--|-----------|
| DEDICATORIA..... | 6 |
| AGRADECIMIENTOS..... | 7 |
| | |
| CAPÍTULO I | |
| DISPAROS DE SILENCIO..... | 9 |
| ● <i>Bajo el resplandor del sol naciente del 97.....</i> | 11 |
| ● <i>El mundo ciudadano.....</i> | 14 |
| ● <i>Respirar miedo.....</i> | 15 |
| ● <i>Tensión palpable.....</i> | 16 |
| ● <i>Entre balas y desesperanza.....</i> | 17 |
| ● <i>Un grito silenciado en medio de los cultivos.....</i> | 18 |
| ● <i>El precio de la paz perdida.....</i> | 24 |
| ● <i>El campo despierta.....</i> | 25 |
| ● <i>Con mi corazón en el campo.....</i> | 27 |
| | |
| ILUSTRACIÓN..... | 31 |

CAPÍTULO II

| | |
|--|-----------|
| LA ÚLTIMA LÁGRIMA..... | 32 |
| ● <i>Terminal del Norte.....</i> | 34 |
| ● <i>Santa Rosa de Osos.....</i> | 38 |
| ● <i>Llanos de Cuivá.....</i> | 41 |
| ● <i>Hacienda la Carolina.....</i> | 42 |
| ● <i>Hotel Ituango.....</i> | 48 |
| ● <i>Se prolonga mi viaje.....</i> | 53 |
| ● <i>Entre suspiros de agonía.....</i> | 56 |

| | |
|-------------------------|-----------|
| ILUSTRACIÓN..... | 61 |
|-------------------------|-----------|

CAPÍTULO III

| | |
|--|-----------|
| PAGANDO EL PRECIO DE UN ERROR..... | 62 |
| ● <i>Día uno: Samuel.....</i> | 64 |
| ● <i>Día dos: Enfrentando la realidad.....</i> | 68 |
| ● <i>Día tres: La espera continúa.....</i> | 70 |

- *Día cuatro: Los días, ya no son días.* 73
- *Día cinco: Queremos que “haiga” paz*..... 77
- *Día seis: Gracias por soñar conmigo*.....82

ILUSTRACIÓN..... 85

CAPÍTULO IV

CONSUMIDOS POR EL OLVIDO..... 86

- Entre el fuego cruzado..... 88
- Forasteros calificándome de foráneo..... 92
- El arraigo pone en peligro la tranquilidad de miles de campesinos..... 97
- ¡Secuelas de la guerra sanadas con solo estadística!..... 103

ILUSTRACIÓN..... 107

CARTA A TU HIJO DE LA GUERRA..... 108

ANOTACIONES..... 110

DEDICATORIA

A los esfuerzos, amor y apoyo de mis padres, el amor incondicional de mis hermanos y la paciencia que me entregan.

Sofía que ha sido mi mejor amiga, mi hermana, mi todo, la luz de mis ojos y una de las personas que me motiva a ser mejor persona.

A Felipe Gaviria, mi mejor amigo, mi hermanito de la vida, la persona que estuvo en cada momento de la presente investigación y que le aporta a mi proyecto de vida.

A mi novio Maicol Zapata, que ha sido una lucecita en medio de la oscuridad, agradezco profundamente el hecho de que estés y de que me motives a ser mejor persona, que me aportes valores para poder continuar con mi proyecto. ¡Cielo, te amo mucho!

A Juan Luis Londoño, Germán Restrepo Pérez, Yurani Echavarría, Lina Gallego, Daniel Gómez, José Julián Herrera, por motivarme, apoyarme y creer en mí, creer en esto tan bonito, hecho desde el corazón, el esfuerzo y la fuerza para poder ser la voz de cada uno de los hijos de la guerra, ¡Los amo con todo de mí!

AGRADECIMIENTOS

Esta página está dirigida a cada una de las personas que hicieron de este trabajo de grado, un producto lleno de amor, esfuerzo, dedicación, resiliencia, perdón y paciencia.

Agradezco a cada una de las víctimas del corregimiento de La Granja y El Aro del municipio de Ituango por el apoyo incondicional, cada una de sus historias de vida y el amor con el que me acogieron, hicieron posible la implementación y resultados de mi trabajo investigativo, quiero decirles que han sido mi fuerza para buscar la manera de que la memoria histórica del corregimiento se fortalezca y haga justicia y reparación para cada uno de ustedes. Juntos, construimos un pequeño, pero no menos importante camino de esperanza, sueños, paz, reparación y garantías de no repetición.

Este trabajo es una pequeña muestra del esfuerzo y el compromiso colectivo, por la memoria histórica, la verdad, reparación y garantías de no repetición. Espero que estas páginas puedan aportar a la construcción de una sociedad donde las víctimas del conflicto armado puedan encontrar reparación, no repetición y paz.

Bienvenidos a los hijos de la guerra, conozca, conecte y espero que se apropien de cada relato, cada víctima y cada página de este pequeño libro. Todo fue hecho desde el amor, la resiliencia y la capacidad de perdón. Usted que me lee y lee cada historia de vida plasmada aquí ¡Muchas gracias!

CAPÍTULO I

DISPAROS DE SILENCIO

Un asesinato perpetrado por Las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (AUCC) en la casa de una familia campesina en el corregimiento de El Aro. La vivencia más cruda de Manuel, un joven lleno de sueños y amor por su tierrita, a pesar de las vivencias por las que tuvo que atravesar esta familia siempre mantenían la esperanza de que un futuro mejor llegaría a su hogar.

Los hijos de la guerra presenta una serie de relatos a partir de los testimonios de las víctimas del conflicto armado en los corregimientos La Granja y El Aro del municipio de Ituango. En estas historias, se narran a partir de la mirada crítica sobre la reparación y las garantías de no repetición.

Hechos ocurridos en octubre de 1997.

1. *Bajo el resplandor del sol naciente del 97*
2. *El mundo citadino*
3. *Respirar miedo*
4. *Tensión palpable*
5. *Entre balas y desesperanza*
6. *Un grito silenciado en medio de los cultivos*
7. *El precio de la paz perdida*
8. *El campo despierta*
9. *Con mi corazón en el campo*

Bajo el resplandor del sol naciente del 97

He vivido casi toda mi vida en El Aro con mis 2 hermanos, mi madre y el viejo. Quienes han vivido en el campo, saben que las dinámicas allí son muy diferentes a las de la ciudad. Claro, en las mañanas te levantas y te tomas una aguapanelita caliente, entras a la cocina, saludas a mamá y te cargas de sus bendiciones, un beso en la frente que te dice que todo irá bien y que no falte la plegaria, que como dice la abuela Rocío: “La bendición de la mamá es el escudo protector de todo mal y peligro”.

Con la ayuda del viejo vas por las vacas y las ordeñas; cuando ya tienes la pucha de leche se la llevas fresquita a mamá, ella la pone en el fogón de leña, mientras acaba de asar las arepas: te sientas, la vieja te sirve un buen plato de calentado y un chocolatico caliente, hecho con amor y con la leche recién ordeñada, como diría mi hermanito menor: ¡La lechita de las cinco de la mañana, es la más rica!

Después de un buen desayuno, el viejo y yo salimos a trabajar. Al mediodía el sol pega duro, entonces regresas a buscar la frescura del hogar y también un delicioso plato de

sancocho, sopa de arroz, frijoles o lo que dé para almorzar. No importa lo que encuentres en la olla ¡A mamá todo le queda rico!

—Camine viejo que ya casi terminamos el trabajo del día —Le dije a papá, mientras él se terminaba de tomar, en su taza favorita, un buen vasado de guandolo.

—Mijo, ¿Ya le pidió la bendición a la mamá? Hágale para que ella se quede tranquila — Respondió papá.

Saliendo de la casa, fue imposible no darme cuenta que en los hombros del viejo ya se reflejaba el cansancio y el maltrato de años de trabajo y mucho esfuerzo. En sus ojos oscuros y expresivos, se podía notar la melancolía de un campesino con pocas oportunidades y a su espalda una mochila llena de sueños pospuestos y sin esperanza de cumplirse.

—Oíste viejo, ¿Te enteraste que al hijo de don Raúl se lo llevaron el lunes?... dizque unos señores con camuflado... Más raro eso, ese muchacho que no se mete con nadie acá en la vereda.

—¿Cómo así mijo? —Respondió el viejo sorprendido —Ojalá no le hagan nada y que regrese bien el muchacho.

—Sí viejo, imagínese que fueron hasta la casa de él porque supuestamente el comandante lo necesitaba urgente y como el muchacho no estaba allá, lo buscaron por cielo y tierra hasta que, según escuché, lo encontraron en la tienda del parque, la de don Eulalio y lo sacaron a patadas del lugar. ¡Desde el lunes no saben nada del muchacho! ¿Usted qué opina?

—Mijo, lastimosamente no podemos hacer nada, yo no quisiera estar en los zapatos de ellos. Pero, venga mejor pongámonos las pilas a trabajar, hoy quiero llegar temprano a la casa.

Antes de que caiga el sol estás de nuevo en casa, te bañas y te la pasas el resto de la tarde tranquilo: enciendes la radio y lo primero que escuchas es, “La Voz de Ituango 104.4 FM”... Ese día sonaba de fondo: Año y medio de Evelio y Virgelina, ¡A mamá le encanta escuchar esa canción! Ella siempre te recibe con un fuerte abrazo y una buena taza de mazamorra con panela, ¿Cómo no amar la viejita? Ella es la razón de ser de todos en casa.

Al caer la noche, las conversaciones se extienden y comienzan los cuentos del viejo; lo más bonito de cada tertulia es ver que aún podemos reírnos, soñar y seguir unidos como familia. Antes de dormir, mis hermanos y yo acostumbramos a acostarnos en la manga a ver las estrellas; algunas pasan muy rápido y mamá siempre nos ha dicho que son estrellas fugaces, que, si les pides un deseo, se cumple.

El sueño citadino

Pedro, mi hermano menor empieza a contarnos sus sueños:

—Nito, yo siempre he soñado con vivir en la ciudad, allá hay lugares que acá no se ven, donde podría jugar, ver carros y no tener que ir al cafetal.

—Pedrito, la vida allá en la ciudad no es tan fácil, mire que cada rato en la tienda del parque, la de don Eulalio ponen las noticias y muestran que en Medellín matan personas en las comunas.

—Hermanito, pero eso es normal, acá en El Aro pasa a cada rato.

—Pedrito, te voy a contar algo: Una vida muy diferente se experimenta en la ciudad, allí la gente vive muy preocupada por sus trabajos, todos sus días parecen iguales: Se levantan, van al trabajo, doce horas de estrés y afán, para al final regresar a casa a prepararse para el siguiente día.

El sueño ciudadano no es lo que parece, eso que tú sueñas todos los días, se convirtió para muchos en una pesadilla, ¡Algo como el chucho o el duende!

Respirar miedo

—Manu, ¿Será que allá en Medellín el cielo es como el de acá?

—Pedrito, nosotros tenemos el privilegio de contemplar los floridos campos como los del Torrente, La Rica, Filadelfia, Organí, San Luis (El Aro), las grandes quebradas de La América y Palmichal y las iluminadas noches que encajan los rayos de la luna por las

rendijas de las puertas y ventanas de El Tinto y Los Venados, además, el paso de las brillantes y mágicas estrellas, que son las encargadas de cumplir nuestros deseos. Además, no podemos dejar de mencionar el calor humano que sentimos y expresamos las familias campesinas. —Mientras yo iba hablando, mi hermanito me miraba fijamente.

—Hermanito, ¡Es verdad! Mamá siempre les ofrece un buen tinto y les dice que nuestra casa está a la orden.

—Ves Pedrito... Acá algo como un fuerte apretón de manos te dice que en el campo todos somos hermanos, por eso es que nos saludamos, nos ayudamos y sentimos la alegría y el dolor del otro como propia... Aunque hermanito, hay algo peor que respirar aire contaminado: respirar miedo.

Tensión palpable

Al principio no fue tanto: llegaron unos hombres que vestían, entre ellos, ropas similares, pero no iguales a los trajes maltratados de un agricultor de los que solo empuñan su

azadón, su hacha y su machete. Aquellos hombres, llevaban armas; eran individuos malencarados, con rostros cansados que solo reflejaban la amargura de un ser que no lleva la paz en su interior. Sin embargo, unos pocos parecían amables y nos decían que nos iban a proteger, que eran el ejército del pueblo y para el pueblo. Lo fue por poco tiempo.

Aquel ejército que prometió protegernos comenzó a llenarnos de pavor: el miedo nos doblegó y se apoderó de cada uno de nosotros... El miedo fue el protagonista de nuestras vidas...

Entre balas y desesperanza

De pronto comenzó a crecer el miedo: los vecinos desaparecían, algunos emprendían viajes sin regreso y nadie se atrevía a comentar nada, pues, como nosotros lo llamamos "los disparos de silencio" comenzaron a cerrar la boca de todo aquel que comentará lo sucedido, pensara diferente, diese comida a alguien inusual y cosas por el estilo; las calles estaban solas, la cancha del Aro permanecía sin un solo niño, las tiendas ya no vendían ni una libra de panela y nadie iba a misa, el padre Ernesto mantenía muy triste porque sus

feligreses tenían miedo, solo se escuchaban las pisadas fuertes de aquellos individuos que se habían apoderado de nuestra tierra y las amenazas día y noche, avisando que si nadie pensaba igual que ellos, no merecían vivir.

Ya nada era igual en El Aro, nada volvería a ser lo mismo y todos lo sabíamos, pero no podíamos hacer nada, solo esperar... Una espera que costaría muchísimo y que traería consigo un sin fin de atropellos y de violaciones, por lo menos nosotros les pagamos algo que no debíamos...

Un grito silenciado en medio de los cultivos

Mi padre fue víctima de esos “disparos de silencio”... Desde aquel momento todo cambió en el campo, al menos para nosotros.

Uno, dos, tres, cuatro... veinte. He perdido la cuenta de cuántos cigarrillos me he consumido, creo que esta noche la nicotina será mi mejor amiga y la soledad mi mejor aliada. Mi padre, un hombre trabajador, entregado a nosotros sus hijos y dedicado a mi

madre fue tratado como una de esas personas que visten camuflado, entran a las finquitas a poner reglas y de los que obligan a los campesinos a abandonar sus hogares.

— Esa noche, fue la más larga para nosotros, llegaron a la casa, rompieron el portón y a Cuqui, nuestro perrito le dieron un pepazo en la cabeza antes de a papá:

—¿Usted es Emilio? Dijeron con voz imponente y sin humanidad en sus ojos.

—Sí joven, soy yo. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Nos tiene que acompañar y de una vez le digo que no ponga resistencia si no quiere que su familia las pague por usted o que lo pelemos acá.

— Joven, pero yo no he hecho nada. Yo no pienso acompañarlos, al hijo de mi vecino Raúl se lo llevaron y no ha vuelto desde entonces. No voy a dejar sola a mi vieja y a mis muchachos.

— Acá usted no pone las reglas, viejo hijueputa, usted se las debe al comandante y tiene que pagarlas, tenemos información que es del frente 18, guerrillero malparido.

En ese momento, mis hermanitos y yo vivimos las peores y más humillantes horas de tortura. Lo único que podíamos hacer por el viejo era la cruz de la sangre de cristo y rezar para que nada le pasará.

Vimos cómo cogieron al papá, lo amarraron y lo hicieron arrodillar; mamá les pedía que lo soltarán, que él no era malo, que él solo era un campesino trabajador, que papá era un simple arriero y que incluso tenía una sociedad con don Néstor Pérez, el dueño de la finca El Olivar, que a él lo conocían en todas las veredas, que preguntaran por él y se iban a dar cuenta que era una buena persona, pero, ellos lo único que hicieron fue golpearla, tratarla de vieja hijueputa para arriba y amarrarla frente a papá; luego a nosotros nos encerraron en la pieza de las monturas y mis papás quedaron solos sin mí protección. Solo escuchamos a papá gritando:

—Mija, cierre los ojos y prométame que va cuidar mucho a mis muchachos y antes de que se tape los oídos, recuerde que la amo mucho y que usted es mi vida. Gracias por la vida

tan bonita que me brindó y por los hijos tan lindos que me regaló, la amo mucho mi viejita.

Dos días de tortura, dos días de desolación, hambre, desesperación y ganas de querer hacer algo por el viejo, días en los que se escuchaban los gritos de súplica de mamá y en la pieza solo podía sentir cada latido de mis hermanos, latidos que emitían miedo, incertidumbre e impotencia, además, el sudor que corría por la frente de mis niños me decían que la situación nos superaba, que ellos no se merecían nada de lo que estaba sucediendo y que solo anhelaban estar con papá, los nervios nos estaban ganando y uno de ellos se orino en sus pantalones al escuchar el sonido de las botas que iban y venían por toda la finca, que el relinchar de las mulas y bramar de las vacas, para nosotros ese era solo el indicativo de que nada iba bien afuera y que estábamos maniatados.

En ese momento pensé en lo único malo que había hecho durante mi vida y que posiblemente Dios me estaba castigando por esto: Golpear a mis hermanos menores con guayabas verdes o con los lazos con los que cogíamos a las vacas cuando las íbamos a encerrar en el corral, esconderle las cartas que le hacía mi hermano Pedro a la novia, subirme a los árboles y tirarle piedras a los niños fastidiosos del colegio, ese era mi

pecado, aunque mamá siempre me decía que mis juegos eran desde la inocencia y no desde el odio, entonces que nada de eso estaba mal, solo era un niño de catorce años y aunque no debía seguir haciéndolo, no me iba a castigar por eso... En ese momento no lo vi así, sentí que posiblemente Dios sí nos estaba castigando por mi culpa.

...Ya no había reuniones nocturnas, cuentos, risas a la medianoche por los chistes del viejo, ya no podíamos estar en el fogón de leña, donde se preparaba la mazamorra y las arepas con las que desayunarían los trabajadores al día siguiente, creo que voy a extrañar esos momentos de camaradería y complicidad, donde nuestra familia se fortalecía alrededor de la mesa y la calidez del hogar, de mi hogar.

—Escuché el primer disparo, pero, seguía con la esperanza de que solo fuera una amenaza para que el viejo los acompañara.

Dos, tres, cuatro, cinco, seis, diez... Después de los disparos no hubo más ruidos... Ni los caballos volvieron a relinchar, ni las vacas a bramar. Creo que en ese momento lo único en lo que mis hermanitos y yo pensábamos, era que les estaban arrebatando la vida misma y la oportunidad de continuar con sus vidas...

—Me lo quitaron todo, se llevaron mi alma. —Esto gritaba mamá mientras ellos se iban de la finca —Ya nada tiene sentido para nosotros, ¿Qué sentido tiene la vida ahora?

Los disparos del silencio habían enmudecido la vida de mi viejo. Aquellos disparos se llevaron el viejo, se llevaron nuestra vida y las ganas de querer estar en El Aro... La sensación de vacío que genera el saber que están llevándose una parte importante de tu vida, ¡Es muy verraca! No sabría explicar los momentos de rabia, impotencia y tristeza que esto genera, es como si te arrancarían el corazón del pecho.

No lo vas a volver a ver, estás solo, el viejo no se lo merecía, ¿Por qué a nosotros?, acaso ellos tienen el poder de Dios para arrebatarnos vidas, no lo vas a volver a ver, no lo vas a volver a ver... Era en lo único en lo que pensaba mientras abrazaba fuertemente a mis hermanitos, necesitaba que ellos sintieran que yo iba a estar para ellos y que mi fortaleza les permitiría superar más fácil lo que había pasado, posiblemente iba a ser así, pues a veces los niños tienen la capacidad de resiliencia bastante grande y superar situaciones dolorosas se hace más llevadero para un niño.

El precio de la paz perdida

Aún podemos ver las montañas, respirar aire fresco y ver las estrellas; pero muchas veces he querido estar en la ciudad, preocuparme por el trabajo, mis redes sociales, respirar el aire contaminado y ver pasar el mundo rápido, ya no quiero volver a escuchar esos despiadados disparos de silencio.

Aún existen momentos de soledad en el alma, momentos en los que llorar a nuestros muertos era algo de todos los días, no podíamos recorrer los caminos que se marcaban al andar rumbo al río, a la casa de los Herreros, al potrero, a la fonda de la vereda Palmichal, a la biblioteca de la Institución Educativa El Aro, simplemente, al campo de mi pueblo, porque estos hombres tenían reglas y horarios; No podías ir a otras veredas después de las seis de la tarde y antes de las seis de la mañana, donde el que no obedeciera a esto, emprendía un viaje sin retorno ¡Qué absurdo! Los campos no les pertenecían, no había escrituras que demostrarán que el territorio era de ellos, sin embargo, ¿Cómo contradecirlos?

El campo despierta

El proceso de paz ha sido una promesa incumplida, estamos en una guerra en la que no nos matriculamos y si no cumplimos las reglas impuestas por ellos, las consecuencias son peores... la muerte ha sido la protagonista.

A la vereda han venido organizaciones, periodistas, funcionarios de la Alcaldía, medios de comunicación y lo único que hacen es promesas, nos ponen a llenar planillas y nos pintan una cosa llamada “Reparación integral, individual y grupal, y no repetición de los hechos causantes” ¡Que va! Eso no va pasar, puras calumnias, lo único que hacen es mentirnos y jugar con las necesidades que tenemos para poder cobrar el sueldo. Acá no entran a la vereda porque no contamos con internet y sin eso no pueden hacernos visitas o ese tal acompañamiento. Además, eso de no repetición nunca se va a ver, porque esos hombres malencarados van a tener poder y van a seguir abusando de nosotros por mucho tiempo.

—Llevo varias noches donde duermo sin temores de guerra, solo escucho el canto de las aves nocturnas, el croar de las ranas y el crick crack de los grillos; queda en mi alma la herida y soledad causada por la partida inesperada de mi viejo; y en mi corazón, la

esperanza de ver florecer sueños y proyectos de vida de mi viejita y mis hermanitos... La muerte del viejo, partió nuestra vida en tres.

Hace unos días buscando en el baúl de los recuerdos, encontré la última carta que le hizo mamá al viejo, no pude contener el llanto y la sensación de soledad tan verraca que sentí me generó un sin fin de emociones y heridas que aún no he sanado y que no sé si pueda hacerlo. La guerra se llevó todo de mí...

Epílogo

Con mi corazón en el campo

Mi querido Emilio, te escribo estas líneas deseando que en el cielo podamos estar juntos, te pido perdón por no haber podido hacer más por ti, porque ese día que me pediste que me tapara los oídos, fue imposible hacerlo, ya que en el altar te prometí que íbamos a estar en las buenas y en las malas, que siempre iba a estar para ti, te prometo que los niños van a estar siempre bien y, que tu partida ha sido lo más grave que nos haiga pasado. Te amo mi Emilio, tú y mis hijos son lo que más he amado en esta vida.

El día que nos conocimos prometimos que llevaríamos una buena vida, lo logramos amor mío, creo que el amor que nos tuvimos pudo mantenernos en pie a pesar de que las circunstancias a veces nos mostraban lo contrario, pudimos echarle leña a nuestro fogón y alimentar día a día el fuego de nuestro querer.

Cuando nació Manuel, nos dimos cuenta de que él iba a ser grande, además, tenía como ejemplo al mejor papá del mundo, un hombre trabajador, feliz, echado pa'lante y un romántico que me amabas a mí, que amaba lo que hacía y a sus hijos. Manuel fue un niño feliz, tuvo la mejor infancia y el mejor ejemplo para ser un buen

hombre. Decidimos que a nuestro hogar le faltaban niños y que Manuel se merecía unos hermanitos, pues como dice mi mamá "Los hijos únicos son los más malcriados y crecen siendo egoístas". No creo que eso hubiera pasado con nuestro niño, ya que estaba siendo criado por nosotros, por un hogar bonito, con principios y valores. Lo logramos, creamos el hogar más bonito y agradezco a Dios y a la Virgen María Auxiliadora por lo que juntos formamos, por ti y por lo que fui a tu lado.

Amor, si hay otra vida, allá también te voy a amar, porque aun no entiendo esta vida sin ti, sin tu amor y sin un nosotros, aunque,

creo que no voy a necesitar entenderlo porque yo contigo llegué hasta el fin del mundo. Ahora solo queda el susurro de las balas, la caricia de la soledad y el silencio que me invade.

Con amor, tu esposa amada.



CAPÍTULO II

LA ÚLTIMA LÁGRIMA

Un asesinato perpetrado por Las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (AUCC), narrada por un habitante del municipio de Ituango (No se usa su nombre para proteger su identidad). La vivencia más cruda de Sandra, una joven comerciante llena de amor por su hijo y su madre, ganas de salir adelante y sueños por cumplir.

Los hijos de la guerra presenta una serie de relatos a partir de los testimonios de las víctimas del conflicto armado en los corregimientos La Granja y El Aro del municipio de Ituango. En estas historias, se narran a partir de la mirada crítica sobre la reparación y las garantías de no repetición.

Hechos ocurridos en octubre de 1997.

1. *Terminal del Norte*
2. *Santa Rosa de Osos*
3. *Llanos de Cuivá*
4. *Hacienda la Carolina*
5. *Hotel Ituango*
6. *Se prolonga mi viaje*
7. *Entre suspiros de agonía.*

Terminal del Norte

Siendo las 06:00 de la mañana emprendo mi viaje a un municipio al norte de Antioquia; Ituango se llama y es conocido con el apelativo del “Edén del Norte” por sus bellos paisajes, la calidad humana de sus habitantes y la diversidad de cultivos que allí prosperan, por no mencionar su diversidad de climas. No es un lugar muy conocido por las personas en la ciudad de Medellín, pero, en donde yo trabajaba había un señor oriundo de este municipio y todos los días me hablaba de su tierrita. Llegaba, me saludaba eufórico, pedía un tinto sin azúcar, un vaso de agua fría y dos buñuelos, se sentaba, prendía un cigarrillo y empezaban las historias...

—Oíste Sandrita, imagínate que ayer mi hermana me mandó una cajita con chorizos de Ituango, plátanos, yuca y charamuscas. Hacía mucho que me tenía olvidado la verraca esa.

—¿Charamuscas? Y ¿Eso qué es? —Le pregunté con intriga, mientras limpiaba una estantería de gaseosas empolvadas.

—Sandrita, son dulces típicos de allá, aunque antes los llamaba cansuizos, imagínate que una familia empezó con esta idea de negocio y hace unos años que un paisano y su mamá,

se dedicaron a seguir con la tradición, aunque, son fáciles de hacer, el verraco ese los hace con azúcar, coco y esencia de coco y les hace creer a los paisanos que son dulces muy difíciles de trabajar ¡Pura maña! —Se tomó un sorbo de tinto y continuó diciendo...

Allá a pesar de la violencia hay muchas personas con ganas de salir adelante y emprender ¿A usted no le gustaría ir a vender mis productos en Ituango? Vea, yo se los dejo a buen precio para que pueda hacer un buen capital y salirse de acá; este trabajo es muy matador para usted.

—Don Fernando y ¿Cuáles son sus productos? Y ¿Si es seguro que yo vaya por allá? Además, si dejo esto acá es porque voy a ganar mucha plata. —Comenté dubitativa.

—Mija, mi esposa confecciona ropa interior y yo me dedico a vender al por mayor en diferentes almacenes de la ciudad y por varios municipios del departamento; tranquila mijita, como le dije, yo le doy buenos precios, cada prenda interior a precio mayorista y por cada docena que usted me compre le regalo dos prendas; es más, le voy a dar una semana para que lo piense y si decide aceptar, yo le regalo los pasajes para que se dé cuenta que quiero ayudarla y verla salir adelante.

—Don Fernando, pero yo vi en las noticias que camino hacia Ituango los paramilitares tuvieron un enfrentamiento con la guerrilla, en una vereda dizque el Mandarino, llegando a La Granja, me da temor que yo siendo una desconocida por allá me vea envuelta en problemas, ¿O usted qué cree? ¿Será qué me cazan como gallina?

—Sandrita, ¡Piénselo! Es más, el pueblito tiene mala fama, pero es muy bueno para ir a vender, la gente es muy calidosa y yo sé que a usted le va a ir muy bien y más si va en cuestión de negocios un domingo de feria.

—Don Fernando, voy a pensarlo porque también dependo de que mi mamá me cuide el niño, pues él tiene solo 2 añitos y dejarlo a la deriva es una decisión difícil. —Le dije dudosa de la decisión.

—Hágale Sandrita, yo paso el viernes ¡Espero una respuesta positiva!

La propuesta de don Fernando hacía eco en mi cabeza, pues, en la cafetería trabajaba 12 horas diarias y el salario que me pagaban por día era de \$5.700, además, mi jefe era un señor cascarrabias, humillante y a quien nada le servía.

Llegó el viernes y don Fernando ingresó al negocio más cumplido que novio feo, inmediatamente pidió lo de siempre pero sin buñuelo y me preguntó...

—Mija: ¿Pensó en mi propuesta? —Me dijo con expectativa y emoción.

Con voz firme, aunque temerosa, mi boca se abrió para balbucear la decisión tomada:

—Sí don Fernando, ¡Acepto! ¿Cuándo debo arrancar para Ituango? —Le pregunté ansiosa y un poco asustada por la elección que acababa de hacer.

—Perfecto Sandrita, para el lunes le consigo sus tiquetes, deme su dirección que yo le llevo la mercancía hasta la casa o si usted cree más conveniente se la llevo hasta la terminal el día del viaje. Sandrita ¡Te va a ir excelente! —Me dijo convencido y emocionado.

Santa Rosa De Osos

Llegamos al paradero de Santa Rosa de Osos, me bajé pedí una arepa de chόcolo con queso, chocolatico caliente y para llevar, una botella de agua, gaseosa, mecatos y una caja de chicles, pues a√n me quedaban diez horas de camino y como dice mi mamά ¡Es mejor prevenir que lamentar! Venía al lado de una se√ora llamada Carmela y durante todo el viaje hablamos de nuestra vida y de los sue√os que teníamos.

—Doña Carmela, ¿Quiere un mecatico? Mire que el viaje que nos espera es bastante largo.

—Le pregunté y le enseñé la bolsa que me habían dado en el paradero para que eligiera alguno de los productos que había comprado.

—Mija ¡Claro que sí! Muchas gracias por pensar en mí; pero, cuénteme ¿Qué va a hacer en Ituango? Las cosas han estado bastante difíciles, han estado matando mucha gente, la población vive con miedo y nadie se atreve a ir al campo, ni a desplazarse por los caminos veredales después de las seis de la tarde ni antes de las seis de la ma√ana. —Por lo que veo usted va a vender sus cositas, ¡Ponga mucho cuidado! ¿Alguien está esperándola? — Me preguntó, mientras me miraba con cierto desconsuelo.

—No doña Carmela, no tengo a nadie allá, pero, un señor que es de Ituango fue el que me recomendó ir a vender, además, mi mamá me echó la bendición antes de salir ¡Esa es mi única protección y la más segura!

—Mija, pero no está de más que vuelva a hablar con él y le comente la situación, ya con un respaldo de alguien que sea de allá y que pueda testificar que la conoce, téngalo por seguro que no le va a pasar nada.

—Muchas gracias doña Carmela, le prometo que lo voy a hacer. —Le contesté.

Mientras contemplaba los paisajes pensativa: El cielo estaba más azul de lo normal, las nubes formaban figuras que no sabría cómo explicarles lo magníficas que eran para mí, las vacas eran muchísimas y estaban gordas y bien alimentadas, las montañas parecían tener cierta complicidad con los pájaros, en algunas partes habían riachuelos que con complicidad de las nubes se tornaban algo coquetos y bastante cristalinos... Doña Carmela destapa la bolsa de papitas de limón, inmediatamente me transportó a la casa con mi niño, ¡A él le encantan las papitas de limón! recuerdo en acto de amor y protección yo se las remojaba en mi boca mientras él las degustaba y con su dulce sonrisa me agradecía ¿Cómo

no derretirme de amor por mi hijo? Ya lo extraño y recordarlo mientras miro las montañas que engalanan la carretera, hace que en la boca de mi estómago sienta una sensación de vacío, rara, pero a la vez, esperanzadora por pretender darle a mi niño un buen futuro.

—Mija, mija, mija... ¿Qué la tiene tan pensativa? Le va a ir bien, ¿Quiere papitas? —Me ofreció doña Carmela, mientras tenía la boca llena y la cumbamba untada del exquisito ripio que sólo me ofrecía.

—No señora ¡Muchas gracias! Hace nada me comí una arepa de chόcolo con chocolatico caliente y estoy que me explota de lo llena que quedé. —Le dije sonriendo y agradeciéndole.

Llanos de Cuivá

En nuestra segunda parada decidí ir al baño, cuando salí doña Carmela me estaba esperando con un tintico en la mano, se lo recibí y le agradecí por su buen gesto. El frío era protagonista: los labios los tenía morados, las manos entumecidas y el cuerpo no paraba de temblar ¡Ese tinto fue una bendición! Ya estaba agotada del viaje y aún quedaba un buen trecho. Me subí al bus a seguir hablando con mi compañera de viaje, aunque el conductor se tomó un buen rato para desayunar, así que nos dio tiempo de seguir chismeando; ahí me enteré que la conversadora mujer era del campo, de la vereda “El Cedral”, que llevaba tres matrimonios y que tenía un hijo sacerdote.

Son las 9:45 a.m. y el conductor, que ha desayunado como sin afán, se enciende un cigarrillo se disfruta sin carrera alguna, como si en el fondo de su ser no quisiese llegar al lugar de destino y a lo mejor era lo que verdaderamente pasaba, pues entre conductores se cuentan las historias y anécdotas que suceden en el camino y en los pueblos y ciudades que frecuentan. Lo observé por un momento mientras tomaba grandes sorbos de café para contrarrestar el frío que nos congelaba, al tiempo que inhalaba y exhalaba con fuerza bocanadas de humo, tal vez con la intención de tapar sus emociones. Decidí volver a la

conversación y cubrí mis brazos con una sucia ruana que llevaba puesta Carmela. El conductor parlaba con sus compañeros de trabajo que allí estaban, al fin y al cabo este era un paradero obligatorio para los conductores de COONORTE, única empresa de transporte para Ituango.

Por fin, el chofer decide continuar el largo viaje...

Hacienda la Carolina

Apenas me acomodaba en la silla cuando la glotona compañera de viaje me dice:

—Mijita, más adelante, en La Carolina, hacen parar el bus y bajar a todos los pasajeros, nos requisan, nos piden los documentos y al que tengan en lista lo separan y no lo dejan continuar el viaje; al conductor lo obligan a abrir las bodegas, bajar los bolsos y encomiendas que lleven.

—¿Y quién es, la policía o el ejército? —Pregunté.

—Ojalá, esos por acá no se asoman y si lo hacen es en compinchería con ellos; mijita, los que salen allá son los paracos.

—¿Seguro? —Le contesté con más miedo que interés por saber los pormenores, pero pudo más la intriga y el caos que se estaba formando en mi cabeza y fue allí donde le pregunte:

—¿Y si el conductor hace caso omiso a la orden de pare?

—Jmmm, ¡Santa Bárbara bendita! No diga eso ni en broma muchacha, lo mínimo que hacen es que cogen el bus a bala, lo obligan a parar, nos hacen bajar, queman el carro con todo y maletas y matan al conductor con todo y ayudante. —Replicó Carmela asombrada con la inocente pregunta que le hacía.

Al escuchar con tanta seguridad la afirmación que hacía aquella mujer, me sinceré con doña Carmela

—Ay Carmelita, tengo muchísimo miedo y temo por lo que me pueda pasar, no sé si fue buena idea venir a Ituango

—No tenga cuidado mijita, encomiéndose a Dios y a la Santísima Virgen y si le preguntan que si tiene familia, usted dice que va conmigo, que yo soy su madrastra, que su papá fue mi primer esposo, Norberto Agudelo ¡Que en paz descansa! Qué mis palabras no lo ofendan ni mis quimbas le hagan ruido por meterlo en esta mentira piadosa.

Dicho y hecho. Siento que el bus baja la velocidad, se orilla y hace la anunciada parada. Vemos subir, escalón por escalón, a un joven de más o menos un metro con ochenta, moreno, no mayor de 20 años, malencarado, de ojos que expresaban más tristeza que odio, el ambiente dentro del vehículo se tornó bastante tensionante, las pisadas que daba dicho muchacho generaba escalofrío y los niños que allí estaban comenzaron a llorar inconsolables como si sintieran las intenciones de los hombres que habitaban esta parada, seguido y con voz grotesca e imponente se presenta y ordena:

—Buenos días, somos las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (AUCC), favor descender del vehículo con los documentos en mano, los hombres se ubican atrás del bus y las mujeres se hacen adelante; el ayudante nos abre las bodegas y nos baja las maletas y

encomiendas que lleven. —A lo que sigilosamente, como un rayo y fiel siervo obedeció el hombre de baja estatura que cumplía dichas funciones.

¡Fue tensionante! El tiempo se detuvo y el reloj no avanzaba, las palabras se perdieron y los pasajeros de aquel destartado vehículo enmudecíamos o tartamudeábamos cada vez que tocaba responder a uno de sus intimidantes interrogantes. ¡Qué horror! Ya habían dado la orden de que las mujeres y los niños subiéramos al carro cuando un uniformado de ese grupo le grita a uno de los pasajeros:

—¡Usted! ¡Parra! El señor de camisa verde, acérquese y me entrega de nuevo su documento que usted se queda con nosotros porque necesitamos verificar información suya. ¿Quién conoce este cucho?

Todo mundo guardó silencio, con excepción de un hombre de sombrero grande y bien llevado, con aspecto de campesino de esos que empuñan cotidianamente el hacha y el machete para ganarse la papa, que con voz segura y sin temor alguno respondió:

—Soy Ángel Macías y yo conozco este muchacho; aquí los forasteros son ustedes, él es Pedro Parra, hijo del difunto Alfredo Parra y siempre han vivido en la Finca El Olivar en el corregimiento de La Granja, allí son bien conocidos y queridos por toda la comunidad, son personas amables, serviciales, y no se meten con nadie, ellos trabajan mucho y lo que tienen lo han ganado honestamente.

—¡Súbanse! Si resulta involucrado en algo, este caballero, el señor Ángel asume la responsabilidad y con ambos cuadramos, nosotros sabemos dónde y cómo ubicarlos. — Respondió el hombre que mostraba ser el jefe del grupo que allí estaba.

Después de esta incómoda y temerosa situación, por fin continuamos nuestro recorrido deslumbrándonos con los maravillosos paisajes que se observaban en la distancia. Al pasar por San José de la Montaña, San Andrés de Cuerquia, El Valle que es un corregimiento del municipio de Toledo, El puente de Pescadero sobre el Río Cauca que, según la compañera de viaje, es allí donde inicia el territorio Itanguino.

Seguidamente, llegamos a un estadero de pocas pulgas llamado “Los Galgos”, así que según Carmela, en contados minutos estaremos en el parque principal del pueblo y muy amablemente me dijo:

—Al llegar, le indico un hotel económico para que se hospede; no la invito para mi casa porque recuerde que yo vivo en el campo y en el pueblo me dan la posada en una casa muy pequeña de una comadre; yo le muestro a “Majuña” el personaje del pueblo que siempre está dispuesto a colaborar con los equipajes, esperando una moneda como recompensa; también, le puedo decir en qué restaurante es económico, aseado y delicioso comer.

—¡Muchas gracias, mi señora! Fue un placer viajar con usted. Cuando la vuelva a ver por acá, nos tomamos un fresquito, le cuento cómo me está yendo y le muestro fotos de mi pequeño ¡Se va enamorar de él! —Le dije con una sonrisa de oreja a oreja, mientras me alejaba en compañía del reconocido carga maletas en busca del hospedaje...

Hotel Ituango

Todo estaba alineado en mi contra y no era simple superstición. La señora del hotel, una mujer de tez blanca, pasada en años, de baja estatura, cabello blanco y de caderas anchas y pesadas, me entrega una vieja llave y me indica una habitación al final de un pasillo de rústicas tablas, el cual tenía en la parte superior de la puerta el número trece delineado como con un carbón o una pintura de mala calidad. En ese momento recordé el agujero de mala suerte que tiene ese dichoso signo; al fondo, a través de las tapias, descubro a la casera que me lanza una mirada bastante expresiva, en la cual pude percibir que me evaluaba o que reconocía, no mi belleza ni mi feminidad, sino que captaba que era una verdadera forastera en el territorio. Se acerca y con su voz pesada me pregunta:

—¿Qué la trae por estos lares? ¿Usted tiene familia acá o algún familiar suyo trabaja en la alcaldía?

—Para nada mi señora, sólo cuestión de trabajo, de rebuscarme la papita para sostener a mi familia y por las que me expongo en estos viajes tan largos. —Le respondí.

—¿Y qué hace pues? —Volvió a cuestionar la inquieta mujer.

—Soy vendedora puerta a puerta, de ropa interior para damas y caballeros, ¿Le enseño la mercancía? a lo mejor se enamore de las hermosas, cómodas y económicas prendas que traigo.

—Jajajaja, muchas gracias niña, mis bombachos los hago yo misma en una vieja máquina que heredé de mi abuela. —Me respondió.

Ingreso al recinto, evidenciando con mis movimientos que el cansancio del largo viaje se está apoderando de mi cuerpo; intento tomar un baño con agua caliente pero un chorro de agua helada me sorprende y el antojo de un abrazo tibio se lo va tragando un sifón de cobre reverdecido, pues dicho lugar no contaba con el servicio de un calentador.

Tampoco quiero dejar pasar la oportunidad de aprovechar el tiempo de mi estadía en este municipio, así que de camino al restaurante, en el que saciaría mi hambre voraz, podría ir ofreciendo mi mercancía; al fin y al cabo necesitaba empezar a producir lo más rápido posible para subsanar mis viáticos y poder cumplir lo acometido: vender todo lo que había en mi maleta.

A paso lento fui recorriendo las rústicas calles, habían muchos locales “Donde don Omar, JJ, El paraíso, donde Rubí, COONORTE, Delicias Jael” estuve observando la majestuosidad del templo que embellece el parque principal el cual contaba con una plaza de mercado bastante bonita y organizada y que, a su vez, traducía la historia de un pueblo con más de cien años de haberse fundado. Por fin y después de haber caminado tres cuadras, pasando por la estación de policías, llegué al restaurante “El Antioqueño”, lugar que según Carmela reunía las tres “B”: bueno, bastante y barato.

Ingreso con más apetito que de costumbre, en la caja me recibe una señora bastante amable y sonriente, aquí confirmo lo que me dijo don Fernando, que la hospitalidad y la calidad de las personas de Ituango es muy bonita y se siente muy bien recibirla.

—¡Buenas tardes! ¿Cómo está? —Saludé a la señora que se encontraba en la caja registradora.

—¡Hola hija! Muy bien ¿Y usted? ¿Qué le gustaría comer el día de hoy? Vea en el menú del día tenemos frijoles, chorizo Ituanguino, arroz, tajada de maduro, carne molida y

huevo y de tomar guandolo o mazamorra —Me contestó la cajera con una sonrisa de oreja a oreja

Acepto el menú y lo ordeno con guandolo bien frío, pues el viaje me había dejado agotada y nada mejor que algo bien helado para darle la bienvenida a mi vida a un pueblo tan bonito.

—¿Cuánto es mi señora? —Le pregunté mientras ella miraba fijamente para la calle.

—Son \$1.000 ¡Ay mija! Usted se ve que es nueva por acá, ponga mucho cuidado con ese carro, lo llamamos “La Última Lágrima”...

—Y ¿Por qué mi señora? —Le pregunté con intriga y un poco asustada por el nombre que este carro recibía, mientras sacaba la plata de mi billetera y se la entregaba.

—Mija, la persona que monten ahí no regresa nunca a su casa, tiene la lápida encima, la tortura que recibe es muy verraca, además, uno de esos hombres que la manejan una vez borracho en el bar Ganadero comentó: “La última lágrima es una verraquera, esos que se ponen a dar lidia o si es guerrillero lo montamos ahí y hay sí se les sale el perrenque o

cantan las vueltas, verlos llorar como niños es la melodía más hijueputamente rica para nosotros, cuando sangran, se orinan en sus pantalones, se cagan del miedo y hasta católicos resultan los hijueputas, amigo, súmele el olor que sale del carro es demasiado placentero, verlos así y saber que tenemos el poder sobre esta manada de brutos... Ustedes no se imaginan lo satisfactorio que es, definitivamente matar guerrilleros, sapos y milicianos es la mejor profesión que pude elegir"... Señorita, imagínese usted escuchar eso de la boca de un hombre malo, definitivamente ¡Cuídese mucho! —Me dijo la señora señalando una Toyota de mal aspecto, blanca, con unas cadenas en la parte de arriba, con un copiloto de aspecto tenebroso, tenía las placas tapadas con pintura blanca y una de las luces delanteras estaba dañada.

—¡Muchas gracias! Voy a cuidarme mucho. —Le dije a la señora agradecida, mientras miraba dicha camioneta, pero muerta de miedo.

Se prolonga mi viaje

No había llegado a la mesa mi pedido cuando veo ingresar al restaurante dos individuos con armas cortas en sus manos. Sin el más mínimo grado de cortesía fui interceptada y con palabras poco decorosas me solicitaron enseñar los documentos, a lo cual accedí temerosa por el hecho de saber que estaba en un lugar de orden público fuerte y de que no estaba cerca la única persona que sabía un poco de mi vida y del objetivo que me llevaba a este territorio: Doña Carmela.

¿Usted quién putas es, de qué frente es, del 18, del 5° o del 36? —Preguntaron en tono enérgico y grotesco.

—No sé de qué me están hablando o con quién me están confundiendo, yo solo vine a trabajar vendiendo ropa interior. —Les respondí.

Sin escuchar mis explicaciones, recuerdo que el hombre que ya había visto de copiloto, el más vulgar con sus palabras, de aspecto campesino, de ojos saltones y manos gruesas, toma mi cabello con fuerza y halando sin piedad me trata de sacar del lugar frente a la

mirada atónita de la administradora, la trabajadora del restaurante y los pocos comensales que en el momento allí estaban; fue tan brutal su fuerza que me arrastra por varias cuadras del pueblo, vociferando e involucrándome con grupos de los cuales solo sabía lo que se decía por los noticieros. Nadie se metía, nadie abogaba por mí y no entendía por qué si yo no les había hecho nada... Yo era buena y no me merecía nada de lo que estaba pasando. Seguramente en acto de supervivencia cada persona que vivía allí, ignoró mis suplicas y el quinto mandamiento que Dios nos dio “No matarás” Ellos fueron cómplices, ellos también me mataron.

Aún retumban en mi cabeza sus denigrantes calificativos: “guerrillera malparida, miliciana carechimba, sapa hijueputa...” vagos episodios del momento circulan por mi cabeza: las miradas de lástima, de dolor y de impotencia de muchos transeúntes; la imagen de mi hijo y de mi madre; la voz entrecortada y de dolor que expulsaba mi garganta para explicar y justificar los motivos que me tenían en ese lugar; las lágrimas que humedecían cada metro de pavimento que se quedaba con trozos de mi piel y hasta de mis uñas cuando era arrastrada sin piedad por estos inhumanos seres; mi mirada esperanzadora que hacía giros de trescientos sesenta grados buscando encontrar la figura de Carmela, mi única posibilidad de testimonio fiel que pudiese dar fe de mis transparentes intenciones; el

absurdo momento en que me dejé persuadir para abandonar un trabajo, que aunque explotada, me garantizaba la tranquilidad de reunirme cotidianamente con mis seres amados; el reproche que a mí misma me hacía por escuchar atentamente a ese viejo, don Fernando, que, a lo mejor, sabiendo del desorden público del pueblo, me supo envolver para que emprendiera este tortuoso viaje; el golpe en mi rostro que me dejó sin aliento, sin fuerzas y sin movimiento para tratar de defenderme y seguir clamando piedad por mi inocencia, acto que les facilitó subirme a un automóvil en el que fui trasladada hasta cercanías de un corregimiento no tan cercano al pueblo: “La Granja”.

Recuerdo como en sueños las voces de la gente que con sentimiento de lástima murmuraban:

—¡Qué tristeza! Desde que la suban a “La Última Lágrima” se pierden las esperanzas. Ese era el apelativo para ese ruidoso, sucio, tenebroso y maloliente auto que me estaba transportando, del cual se desprendía un penetrante olor a sangre seca, orines y heces fecales.

Entre suspiros de agonía

Perdí la noción del tiempo y no recuerdo a ciencia cierta cuántas horas estuve metida en ese vehículo, solo sabía que mi destino no iba a ser tan promisorio como me lo planteó, en su momento, don Fernando. Ahora todo se tornaba más oscuro y difícil de superar. Parezo retomar fuerzas sacadas más del amor propio y del espíritu de supervivencia que de la razón, prácticamente ya tenía una sentencia de la cual nunca fui advertida ni avisada, sin embargo, exclamé ya con poco ruido por el cansancio y el desgaste de mi garganta de tanto llorar y gritar:

—¿Me escuchan por favor? Tengan piedad de mí, yo no le hago mal a nadie.

—¡Cállese! ¿Quién le ha dicho qué hable? no fue la única respuesta a mi clamor, pues esta venía acompañada de los cachazos en mi cara; fueron tan fuertes que mis molares salieron despedidos y me reventaron los labios.

Nunca me di por vencida, creo que lo que no volvieron hacer mis palabras, lo hizo mi rostro siempre implorando compasión. Entré en pánico cuando el macabro transporte se detiene y ellos se bajan lentamente, seguros de su misión:

—¡Bájese perra! ¿No reconoce El Mandarino, acaso por acá no es donde se mantiene extorsionando con Rafael, su comandante? Me dijeron mientras uno de ellos me jalaba el cabello y el otro me tomaba del cinturón de mi pantalón.

—¡Por favor! no sé con quién me están confundiendo, yo no soy de por acá, yo solo vine a trabajar y a rebuscarme la papita, insistía constantemente, confiando en ese ser supremo y en que sus corazones se les ablandara. Esa gente no tiene alma, sentimientos ni temor de un Dios, eran totalmente sordos a mis súplicas y tercios a las razones que siempre les exponía. —Recibo un golpe en mis piernas que me hacen caer al piso, arrodillada, por segundos siento el tiempo más eterno de mi existencia cuando quien hacía de conductor le dice al otro:

—¡Ey, Posso! ¿Te tiembla la mano, qué esperas? usted sabe que se tiene qué hacer con los milicianos que vienen a hacernos inteligencia.

—Usted sabe Albeiro que no me tiemblan las manos para matar una hijueputa guerrillera, un par de tiros en esa puta cabeza y se las dejamos acá para que la encuentren y se enteren

con quién es que están tratando; que entiendan de una buena vez que vamos a limpiar este territorio y que aquí mandamos nosotros. —Respondió Posso.

Elevo mi mirada al cielo como para suplicar el último favor del altísimo, a lo cual con lo sucedido llegué a dudar de su existencia o de su misericordia, pues estaba permitiendo un sin fin de torturas y de injusticias con mi humanidad, sin embargo le pedía en que esto fuera solo una pesadilla, pero siento que todo termina cuando veo que ambos hombres direccionan sus armas hacia mi cabeza. No vuelvo a saber nada de mí ni de los sujetos que allí me llevaron, creo que me he quedado desmayada por varias horas por el impacto de los proyectiles.

Ya es de noche, no veo nada, pero escucho desde la distancia las oraciones que suelen hacer en los hogares católicos: “Concédele señor el descanso eterno...” a su vez, percibo las lamentaciones de un joven que dice:

—Tía, ni modo de ir a ver de quién se trata, la lluvia caerá dentro de poco y además nos involucran en problemas ajenos.

Era tanta mi angustia, mi dolor y mis ganas de reencontrarme con mi hijo que me motivaba a clamar ayuda y sacando hasta los últimos alientos de mi ser, gritaba: “Auxilio, ayúdenme, tengo sed, sálvenme” súplicas que fueron en vano porque por largo rato nadie se acercó a extenderme la mano.

La mezcla de dolor, la sed, el frío de la madrugada, el cantar constantemente los gallos, se tornaban bastante agotadores para que ahora empezara la lluvia a caer sobre mi espalda que era la que estaba expuesta a la luz de las estrellas, pues el trauma fue tan fuerte que no tenía las fuerzas suficientes para girar mi cuerpo y tratar de visualizar con exactitud el lugar en que estaba.

En medio de mi tragedia y las limitaciones que tenía mi cuerpo y mi cerebro, me encomiendo a la poca misericordia que pudiera tener ese indiferente Dios que hasta el momento no me había facilitado el más mínimo de ayuda y considerando tener a mi hijo presente le decía:

—Hijo, si me ausento de ti no es por falta de amor o porque haya querido dejarte solo o a la suerte del destino; no, al contrario, si me encuentro en esta dificultad fue por pretender

un mejor futuro para los tres; creo que llega la hora de mi partida hacia lo eterno y desde allá los estaré cuidando, obedece a tu abuela y cuando seas grande procura ser el profesional más honesto y justo del planeta, no abandones ni tus sueños ni a la mujer que ha quedado a tu cuidado y en cuanto a mí, siempre que puedas dirige tu mirada al cielo y eleva una oración por esta madre que dio su vida por forjarte una mejor calidad de vida, sin olvidar el inmenso amor que por ti he sentido.

Espérate hijo, siento un ruido, parece que alguien viene en mi ayuda; trataré de mover mis manos para que se enteren de que aún estoy con vida.

— ¡Hola, aquí estoy! ¿Vienen en mi ayuda? balbuceé con los pocos alientos que me quedaban.

—¡Claro que vinimos a ayudarte! fueron las últimas palabras que escuché porque después fue solo como un trueno fuerte que ensordeció mis oídos.



CAPÍTULO III

PAGANDO EL PRECIO DE UN ERROR

Un asesinato perpetrado por Las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (AUCC), narrada por un habitante de La Granja en el municipio de Ituango (No se usa su nombre para proteger su identidad). La vivencia más cruda de Samuel, contada desde la voz de su hermano, un joven lleno de sueños, con ganas de salir adelante y un desaforado amor por su hermanito.

Los hijos de la guerra presenta una serie de relatos a partir de los testimonios de las víctimas del conflicto armado en los corregimientos La Granja y El Aro del municipio de Ituango. En estas historias se narran a partir de la mirada crítica sobre la reparación y las garantías de no repetición.

Hechos ocurridos en octubre de 1997.

Día uno: Samuel

Día dos: Enfrentando la realidad

Día tres: La espera continúa

Día cuatro: Los días, ya no son días.

Día cinco: Queremos que “haiga” paz

Día seis: Gracias por soñar conmigo

Día uno: Samuel

—Despierte, despierte, Samuel, despierte hay unos hombres afuera preguntando por usted, están como enojados y tienen pistolas en las manos. —Le dije a mi hermanito, mientras muerto del miedo me orinaba en mis cortos pantalones.

—Adolfito, mi niño, venga métase al rincón y no vaya a salir, yo voy a mirar qué necesitan; mínimo vienen por ayuda con el ganado —Me dijo mi hermanito para que no me preocupara por él.

—Entonces ¿Por qué tienen esas pistolas y están tan enojados? —Le pregunté con duda, miedo y ganas de desaparecer de la casa.

—Adolfito, eso es lo que voy a averiguar, ¡No se asuste! Todo va a estar bien. —Me dijo seguro de su respuesta para que el miedo desapareciera.

Mi hermano salió a ver para qué lo necesitaban aquellos hombres a los que yo tanto les temía y saliendo de la casa se topó con mamá e inmediatamente ella le preguntó:

—Mijo, ¿Qué está pasando? ¿Por qué lo buscan a usted? No vaya a salir, mire que esos hombres no me dan buena espina. —Le dijo asustada y confundida por lo que estaba pasando.

—Viejita, no se preocupe, ¡A mí no me va a pasar nada!, como le dije a Adolfo, me deben necesitar para vacunar el ganado, nada grave debe de estar pasando. —Le dijo mi hermano a la viejita, dudoso de sus respuestas.

—Mijo, venga le doy la bendición y prométame que todo va estar bien. —Le dijo mamá con sus ojos aguados y las manos temblorosas como si supiera que nada iba a ir bien para mi hermanito.

No podía escuchar nada, solo veía que uno de ellos manoteaba, tenían cara de que odiaban a todo mundo y más que todo a mi hermano, aunque no sé la razón, pero por sus caras de enfado nada bueno era. Definitivamente no lo necesitaban para lidiar con ganado o con bestias, esos hombres querían algo más y no sabía cómo descubrirlo. Cogieron por el Herrero, loma arriba, supe de Samuelito hasta el momento que subieron al filo donde inicia la finca de los Restrepo.

Suspiré y pensé que todo iba a estar bien, le pedí a mi ángel de la guarda por mi hermano Samuel, para que regresara a casa sano y salvo, para que las oraciones de mamá le permitieran volver y que, juntos, pudiéramos jugar con mi balón nuevo. Mi mayor temor es que suceda lo que hace una semana le ocurrió a don Néstor Campuzano, a quien mataron junto con su hijo, mi amiguito Juanchito de ocho años. En este momento la casa de ellos está abandonada y no quisiera que a mi hermanito le pasara lo mismo que a nuestros vecinos.

Imagínense que llegaron, sacaron a don Néstor a empujones, le dieron pata y puño y a mi amiguito le dijeron que si quería que le pasara lo mismo por colaborador de la guerrilla que se metiera, que si no, que se encerrara en la casa. ¡Imposible! Mi amiguito no iba a dejar solo a su papá, entonces arrancó detrás de ellos y vio cuando al papá lo amarraron a un poste de luz, ahí por la entrada a La Granja; empezaron a torturarlo y a decirle que era un colaborador de la guerrilla, que los sapos morían aplastados o desaparecidos, que a nadie le importaba lo que le sucediera a un lavaperros miliciano.

Mi amiguito entró gritando, pidiendo piedad por la vida de su padre:

—Por favor, por lo que más quieran dejen a mi papá quieto, él no es lo que ustedes dicen, él es bueno y solo se dedica a la finquita, vea él trabaja con don Fidel en la finca el Mandarin y es conocido de la señora de la casa: Nubia Parra, ella puede dar fe de quienes somos nosotros en la vereda o en la región.

—Niño, entienda que su papá es un colaborador de la guerrilla y hay que sacarlo del camino, este pirobo nos la debe y lo va a pagar con su vida, quiten ese culicagado de encima. —Le contestó el comandante, mientras uno de los integrantes lo intentaba coger para quitarlo del lugar.

Uno de ellos sacó su arma y le disparó directamente a la cabeza de don Néstor e inmediatamente cayó al piso, a lo que Juanchito sacó su machete y se lo pegó a uno de ellos, lo cual, fue motivo para que le dieran un balazo en el estómago y muriera inmediatamente.

No se alcanzan a imaginar el dolor que causa perder un ser querido, Juanchito solo tenía ocho añitos y era un muchacho trabajador, le ayudaba en la casa al papá, hacía todas las tareas e iba a misa todos los domingos, él no se merecía nada de eso. Como les mencioné,

la casita permanece sola, según las malas lenguas se escuchan lamentos a medianoche y los ruidos de pasos corriendo por toda la casa son bastante miedosos, escalofriantes y la energía que se siente al ingresar a la casa es triste, gris y melancólica.

Día dos: Enfrentando la Realidad

Samuel llevaba un día completo sin aparecer, ya nos empezábamos a alarmar. Mamá no era capaz de dormir y tenía el padre nuestro en su boca todo el día; los vecinos empezaron a buscarlo y yo solo anhelaba verlo entrar por aquella vieja puerta cargado con guayabas, mangos y limones entre sus talladas manos; quería escuchar de su boca la dulzura con la que cotidianamente pronunciaba mi nombre y que entre palabras y sonrisas me dijera que todo iba a ser igual que antes.

—Adolfito, mijo, vaya busque a su papá y dígale que don Wilmar no encuentra a Samuelito, que ya buscaron por todos lados y no hay huellas que den señal de él. —Me dijo mamá llorando.

—Mami, pero el papá se fue para el potrero por las bestias y debe de estar que llega, tranquilícese que lo vamos a encontrar. —Le contesté

—Mijo, yo no sé qué pensar, mire que al niño se lo llevaron sin razón alguna y mis presentimientos no son nada buenos, últimamente están matando por deporte y a los muchachos jóvenes los están fichando de colaboradores de la guerrilla, se los llevan, los desaparecen, los matan y los trasladan para un pueblo donde nadie los reconozca y puedan pasar como NN, yo sé que a mi muchacho me lo van a entregar en una bolsa, si es que me lo entregan. —Me dijo mientras se secaba las lágrimas con el delantal que cubría su vestido de la mugre que se percibía en aquella cocina.

—Mamita, yo sé que mi hermanito va a volver, él no les debe nada, además, él me dijo que solo iba a ayudarles con un ganado, yo confío en que Dios me lo va traer sano y salvo a casa.

Sé que mamá no creyó ni un poquito mis palabras ¡Yo tampoco lo hice! Mentirme a mí mismo era la opción más viable para sobrellevar el peso y la carga que conlleva un hermano desaparecido, además, cuando es alguien que no le debe nada a nadie, que es

buen hijo y el mejor hermano, duele mucho, como si te robaran la lonchera o te quitaran tu dulce favorito...

Les voy a contar cómo era Samuel: Todas las mañanas salía a ordeñar y la primera taza de leche me la llevaba a mí, tenía la creencia de que le dabas el primer sorbo a la persona más importante en tu vida: ese era yo ¡Qué bonita costumbre! Me amaba, yo era la luz de sus ojos y me veía de manera única, de una forma que ni mamá lo hacía, yo era su niño, el pequeño que le inspiraba a mejorar y a luchar por un futuro lejos de acá, yo iba a conocer el mundo gracias a él, íbamos a construir un camino tomados de la mano, a vencer cada monstruo que se nos cruzará en nuestro viaje, íbamos...Solo quedó en eso o por lo menos era lo que la situación nos decía, la incertidumbre se apoderó de nosotros y no poder encontrarlo hacía que las noches fueran eternas, la esperanza desapareciera y mamá enfermara...

Día tres: La espera continúa

Han pasado tres días desde su desaparición y los caminos se hacen más largos, las noches parecen no terminar y los días no tienen sentido, mi vida sin mi hermanito es un agujero

negro, mi existencia era absurda, pues Samuel era la persona a la que yo más amaba, admiraba y quería a mi lado... Él es la razón por la que me levantaba día a día a seguir luchando.

Hoy mientras subía por el Herrero, una finquita de la familia Restrepo Pérez, recordé una conversación con mi hermano, una de esas que dan ganas de seguir viviendo, de levantarse a agradecer por lo que se tiene y por la familia tan bonita que Diosito nos regaló y mientras las gotas de sudor recorrían mi frente y bajaban por mi espalda, solo esperaba encontrarlo con vida, que me recibiera con un abrazo asfixiante y que me dijera que esto solo había sido una pesadilla. No pude controlar mi llanto, la sensación que tenía era demasiado extraña y la esperanza cada vez perdía más fuerza.

—Nito, ¿Usted se imagina los dos viajando por el mundo y cumpliendo cada sueño que tenemos, además, no tener que ir a trabajar a los potreros, coger café, sembrar el frijol, llevar las vacas al corral o domar los potrancos? ¡Ese es mi sueño ideal! ¿Usted se imagina que logremos todo eso juntos?

—Adolfito, si Dios quiere para el otro años nos vamos de acá, La Granja no tiene nada para nosotros y con los ahorritos que tengo, usted y yo vamos a llegar más lejos que la tía Rosalba, mire que ella se fue para Medellín y ya tiene su tiendita, nosotros lo vamos a lograr, se lo prometo. —Me respondió.

—Samuel, cuando llegue a Medellín lo primero que voy a hacer es comer mucho helado, ir a conocer el zoológico y quedarme para siempre en esa gran ciudad, no quisiera saber más de cafetales y potreros. —Le dije convencido de mis sueños.

—Adolfito ¡Todo lo que quieras! vamos a cumplir tus sueños, nuestros sueños. —Me dijo sonriendo y halándome fuertemente mis cachetes.

¡No está siendo fácil! Hemos caminado ya por largas jornadas sin hallar resultado alguno, esta búsqueda ha sido infructuosa, mamá no es la misma y no sé cómo ayudarla, a papá se le dañó el corazón y dice que va tomar venganza, no sé qué hacer y lo único que me pregunto es ¿Qué haría Samuel en mi posición? ¿Por qué no fui yo en lugar de él? Posiblemente para mamá hubiera sido más llevadero, ya que mi hermanito sabría qué

hacer frente a todo esto, él es como un superhéroe sin capa, pero, lleno de mucha valentía, fortaleza y resiliencia. ¡Qué teso mi hermano! Él sabría cómo solucionar todo.

Día cuatro: Los días, ya no son días.

Subió un funcionario de la Alcaldía e inmediatamente le preguntamos si había visto a mi hermanito o algo raro por los caminos, pues esto nos ayudaría y nos daría pistas para dar con su paradero, pues ya no aguantábamos un día más sin él.

—Don funcionario, ¿No vio nada raro por ahí? Llevamos cuatro días sin saber de mi hijo Samuel, los paracos vinieron, que supuestamente lo necesitaban y se lo llevaron; eso no es bueno. —Le dijo mamá mientras se secaba las pocas lágrimas que le quedaban.

—Mi señora, pues en uno de los caminos habían unas pisadas que se desviaban por un cafetal, no está de más que bajen a echar ojito por allá. —Le contestó aquel hombre a mi mamá.

—Pues, los muchachos ya estuvieron ayer allá y no había rastro alguno de mi muchacho, pero, les voy a decir para que vuelvan.

Los vecinos organizaron el viaje nuevamente para dicho lugar, aunque no se tenía mucha esperanza, ver a mamá así los motivó a echarse la caminadita de dos horas, esperando que las indicaciones de dicho funcionario dieran resultado y por fin encontráramos a Samuelito. Mamá decía: “Vivo o muerto, pero necesito que mi muchacho esté en mis brazos”, ¡Qué desgarradora frase! No tenía sentido para mí, ¿Por qué mamá había perdido la esperanza de tal manera? ¿Acaso su sexto sentido le decía que ya no había nada por hacer?, ¿Que mi hermanito no tendría la oportunidad de seguir soñando conmigo y que ya no lo volvería a ver? Eran preguntas que me hacía mientras bajaba por aquellos caminos pantanosos.

Levanté la mirada al cielo y le pedí a Dios por él, que las personas que se lo habían llevado tuvieran piedad de nosotros y que se dieran cuenta de que estaban cometiendo un error, que mi hermano era un muchacho que no se metía con nadie y que el único mal que hacía era dormir hasta tarde todos los fines de semana, en especial los domingos cuando no salía a merchar o a visitar a su novia Sofía Monsalve; que él tenía grandes sueños conmigo y que

me había prometido un helado gigante de chocolate, quizá eso les ablandaría el corazón y lo dejarían libre para poder jugar al balón conmigo... ¡Nos merecíamos salir adelante juntos!

Para sumarle a nuestra tragedia, lo encontramos pero no como queríamos hacerlo...

Mi hermano estaba debajo de un árbol de aguacate, llevaba varios días muerto, no tenía sus uñas, en el cuello tenía evidentes marcas de un lazo, de esos con que amarran el ganado, sus pies estaban maltratados como si hubiera andado por piedras y barrancos durante todo el tiempo que llevaba desaparecido, estaba sin dientes, le arrancaron su cabello, tenía cortadas por todo el cuerpo y en su mano izquierda una nota que decía: “Los sapos no merecen vivir, los guerrilleros no tienen lugar acá, ojalá aprendan hijueputas que nosotros somos los que mandamos, Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (AUCC) presentes”

Quedamos atónitos y sin ganas de nada, mamá se tiró al piso a abrazarlo y mientras lo tenía en sus brazos gritaba:

—Hijo mío, mi Samuel, ¿Por qué a ti? No te merecías esto, perdón por todo lo malo mi niño, por no haber estado en estos días tan difíciles para ti, mi amor. No eres la persona que ellos dicen que eres, ellos no saben lo bueno que eras, descansa en paz mi bebé, nosotros vamos a estar bien, espero que en el cielo podamos encontrarnos para seguir amándonos y que sepas que tienes una madre que siempre te amó desde el primer momento que supo de tu existencia. ¡Perdón, no te merecías esto! Adolfo va estar bien, la luz de tus ojos va cumplir todos los sueños que tuvieron, lo planes que tenían los vamos a realizar y el amor que él siente por ti perdurará en el tiempo, te amamos y siempre te vamos a amar. ¿Por qué a nosotros? ¡Mi niño era bueno, él no se merecía esto! Dios, ¿Si me lo diste, por qué me lo quitaste, por qué me lo arrebataste? —Gritaba mamá mientras tenía a Samuelito en sus brazos.

Yo solo lloraba, renegaba con Dios por no llevar a casa a Samuel y no creía que esto nos estuviera pasando a nosotros, que no nos merecíamos lo sucedido... De ahí en adelante lo que se venía no iba a ser fácil para ninguno de nosotros.

Día cinco: Queremos que “haiga” paz

Renuncié a cada uno de los sueños que tenía con mi hermano, ya no quería seguir haciéndome ilusiones, pues, esos sueños solo eran posibles con él a mi lado. A Samuel me lo mataron y se llevaron cada uno de esos anhelos, las ganas de vivir y la esperanza de salir adelante, simplemente, se llevaron todo...

—Mamá, venga que vamos a montar a Samuel en una camilla y hay que llevarlo a la iglesia para que le den cristiana sepultura.

—Mijo, no voy a soltar a mi bebé, yo ya estuve mucho tiempo sin él, yo fui mala madre y lo abandoné. —Dijo mamá llorando a los gritos.

—Mami, esté tranquila que él está en el cielo y hay que hacerle la misa para que pueda descansar en paz ¡Ya sufrió mucho en la vida!

Mi papá y mis tíos procedieron a llevar el cuerpo de Samuel a la iglesia, pues, el padre Oscar era quien se encargaba de decir las misas y de bendecir los cuerpos, mientras tanto,

todos se dirigieron a la cantina más cercana y pidieron un sin fin de veces *Sin un adiós* de Luis Alberto Posada, una garrafa de guaro y empezaron a despedir a mi hermano, yo solo me senté a comerme unas papitas de limón.

No sé cómo explicarles lo que sentí, me invadieron las ganas de llorar, me dolía el corazón y sentía que nada tenía sentido, a mi alrededor las cosas se empezaban a tornar pesadas, de un momento a otro uno de mis tíos sacó el machete y le dio un planazo a otro señor, empezó a gritarle palabras groseras y el señor hizo lo mismo, así duraron 10 minutos, la gente no se metía porque les daba miedo salir heridos, hasta que en la esquina gritaron:

—Vienen los pájaros, cuidado que llegaron los pájaros, guarden los machetes...

Cuando escuché esto levanté la mirada hacía la esquina de la iglesia y lo primero que veo es un tipo alto, moreno y con un uniforme similar al de los soldados El hombre manda la mano a su cintura y saca un arma, empieza a hacer tiros al aire y a gritar que dónde están los guapos. Todos estábamos demasiado asustados y temíamos por nuestras vidas, doña Luz estaba embarazada y su esposo, mi tío, era uno de los que estaba peleando, ustedes se

imaginan el susto de ella, pensar que de pronto se llevaran a su esposo, afortunadamente esto no sucedió.

Nos hicieron sentar en el atrio de la iglesia y comenzaron a decir:

—Somos las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (AUCC) y queremos saber ¿Quiénes son los guapitos que quieren terminar bajo tierra? —Dijo el señor que primero sacó el arma para disparar al aire.

Todos permanecemos en silencio, nadie decía nada, pues sentíamos que si hablábamos nada bueno nos esperaba... Mi tío salió a correr y se tiró por un barranco de la entrada, doña Luz no paraba de llorar y de decir que no le hicieran nada, que ellos estaban embarazados y tenían muchos planes juntos, que por favor le respetaran la vida. Luego el señor mandón le dio la orden a tres de ellos que lo cazaran como gallina y que se lo llevaran para el campamento que allá solucionaban todo, luego dijo:

—¿Quién es la mamá de Samuel?

—Yo soy la mamá de Samuelito, el niño que hace días me mataron, que apenas vamos a enterrar, que torturaron por días y no les importó su sufrimiento y al que tenemos en la sala de velación ¡Él está irreconocible!

—Señora mis más grandes condolencias, de verdad lo sentimos mucho, ese muchacho lo mataron por equivocación, pero, déjeme decirle que los culpables ya los estamos buscando y les vamos a dar su merecido. ¡Nadie va a pasar por encima de nosotros! Le prometemos justicia, madre. —Dijo mientras limpiaba el arma con la que posiblemente le fue arrebatada la vida a mi hermano y en sus ojos una tranquilidad que no puedo explicarles.

En los ojos de mamá brotaba la impotencia y las ganas de gritarles ¿Por qué le arrebataron la vida a mi niño, acaso es justo que una “equivocación” tan grande se llevarán los sueños de mi muchacho? Pero lo único que hizo mamá fue agachar la cabeza y permanecer en silencio. Lo supe porque en la noche escuché una conversación de mis papás, un cruce de apreciaciones bastante triste...

—Mija, quédese con el recuerdo bonito de nuestro muchacho, piense en que Samuel no querría verla así, toda triste y vuelta nada.

—Mi muchacho me lo mataron por equivocación, yo quise gritarle a ese comandante que ¿Por qué le arrebataron la vida a mi niño, acaso es justo que una “equivocación” tan grande se llevarán los sueños de mi muchacho? ¿Será que existe un mínimo de amor de parte de esa gente? —Decía mamá llorando en los brazos de mi papá.

—Mija, la justicia de Dios es divina, esa gente va pagar la vida de nuestro muchacho y de cada una de las personas que se han llevado por delante.

No quise escuchar más, solo pensé en escribirle a mi hermano y despedirme bien de él.

Día seis: Gracias por soñar conmigo

Samuel, aunque ya no estés a mi lado, quiero que sepas que siempre estarás en mi corazón, cada día se hace más largo, me duele no haber tenido la oportunidad de despedirme y de decirte cuanto te amo, voy a extrañar tu risa, tu alegría y que siempre pensabas en mí. Cada noche me pregunto, ¿Qué habría sido de nuestros sueños si todavía estuvieras aquí?

A veces me invade la tristeza, las ganas de llorar en las noches son incontrolables y mamá está muy enferma desde tu partida, ya nada en la casa es lo mismo y papá se la pasa medicado porque

no podía conciliar el sueño, ¡Se han vuelto locos! Yo no quiero volver a la escuela, ni salir a jugar al balón, pues todo eso me gustaba hacerlo contigo, aunque guardo los momentos bonitos que compartimos, no dejo de sentirme muy triste.

Prometo honrar tu memoria y seguir adelante con valentía. Te extraño profundamente, anhele el día en que nos reunamos nuevamente y desearía poder abrazarte una vez más. Siempre serás mi hermano amado, el que me hacía reír y me cumplía todos los caprichos ¡Te llevaré conmigo hasta el final de mis días!

Gracias por ser mi ejemplo y enseñarme tantas cosas bonitas, gracias por pensar que yo podía lograr grandes cosas y tener sueños inmensos, por amarme, cuidarme y guiarme... Hasta entonces, Samuelito, te envío todo mi amor, mi cariño y prometo que iré a visitarte con mamá y con los ahorritos que estoy recogiendo le compraré a nuestra madre ese bonito vestido de flores con el que siempre soñaste verle.

Te ama y te amará siempre, Adolfo



CAPÍTULO IV

CONSUMIDOS POR EL OLVIDO.

Un asesinato perpetrado por Las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (AUCC), narrada por un habitante del municipio de Ituango (No se usa su nombre para proteger su identidad). La vivencia más cruda de Leo, una joven llena de amor por su hijo, narra cómo el olvido ha sido el protagonista en este territorio.

Los hijos de la guerra presenta una serie de relatos a partir de los testimonios de las víctimas del conflicto armado en los corregimientos La Granja y El Aro del municipio de Ituango. Estas historias se narran a partir de la mirada crítica sobre la reparación y las garantías de no repetición.

Hechos ocurridos en octubre de 1997.

- 1. Entre el fuego cruzado**
- 2. Forasteros calificándome de foráneo**
- 3. El arraigo pone en peligro la tranquilidad de miles de campesinos**
- 4. ¡Secuelas de la guerra sanadas con solo estadística!**

Entre el fuego cruzado

—Leo, Leo, ya es hora de que pares de lavar la ropa para que te vayas a llevar el almuerzo a tu papá, a tu hijo y a Don Esaú. —El sol está fijamente sobre nuestra cabeza, indicando que es mediodía.

—Conociendo lo comelones que son, deben estar que se doblan del hambre. —Dice mi madre, entregándome el costalejo que se siente un poco pesado con sus tres tarraos de frijoles, los huevos duros y bien cocidos, las seis arepas de maíz sancochado, el garrafonado de agua chorriada, la canecada de mazamorra y la libra de panela para que acompañe esta tradicional sobremesa en el buen comer del campo Ituanguino.

Suspendo mis oficios, me coloco el par de botas pantaneras, cubro mi cabeza con una toalla vieja como simulando una gorra, coloco sobre mis hombros la pesada encomienda

—¿No tiene otra cosita para echar en mi talega? —Le pregunté, a mi madre, con ironía.

—Claro que sí, empaque un beso gigante para su padre y que no se le olvide que aquí lo estoy esperando con su pastilla de mejoral para el dolor en sus piernas; y en cuanto a León, díglele que lo amo mucho y que bregue a no quemarse mucho al sol, que busque los tajos

donde haga menos calor. —Respondió mi madre Cleofe, una adulta mayor de ojos claros, estatura mediana, un elegante peinado que siempre lleva acompañado de una moña sujetada con un cordón color amarillo y de manos bien trabajadas y tiznadas de asar las arepas en el fogón de leña; ella es la persona que siempre argumenta que: “Para descansar se hizo la muerte” Que mientras tanto, se debe procurar hacer las cosas bien y cumplir con los oficios de la finca.

Arrancó filo arriba hasta llegar a la cima, cruzar la montaña y desde allí ver el tajo de rocería que lleva mi progenitor acompañado de su nieto, mi hijo y su compadre que siempre está dispuesto a apoyar a mi padre (Leonardo) en las labores de nuestra parcela. Al subir la loma casi me bebo el agua que era para ellos y mientras tanto pasaban por mi cabeza un sin número de situaciones que me podían suceder en ese camino, al fin y al cabo no me consideraba fea, era inteligente y bien apetecida por los mozuelos del corregimiento y la vereda, ¿Por qué no decirlo? Era bien pretendida y admirada cuando me colocaba un eslack rojo bota campana que me había mandado mi madrina recién ida ella para el pueblo.

Cuando llegué a la parte alta de la montaña, me detengo a respirar y a observar desde la distancia la cadena de montañas que embellecen nuestro territorio, siempre mezclando

diversos tonos de verde que se coquetean con el azul del cielo y las múltiples figuras que se forman en las nubes. No había dirigido mi mirada donde debía estar papá con los trabajadores cuando, desde lejos, unas ráfagas de balas me advirtieron que la paz en mi vereda estaba siendo frustrada por la violencia, que a lo mejor mis parientes estaban heridos, muertos o quizás habrían huido de aquel lugar, pues la sensación de tener cerca los fusiles y de quedar en el fuego cruzado no es para nada bueno y no se lo deseo ni a mi peor enemigo, ¡Qué susto tan verraco!

—¡Agáchese, tírese al suelo, acuéstese, no ven que la pueden matar! Era la advertencia que me hacían cuando me vieron llegar, desde un matorral donde se encontraban ocultos, los familiares míos.

—Papá, hijo, Don Esaú, ¿Qué está pasando? —Les cuestioné.

—Ahora hablamos hija; primero que todo, quédese quietecita y callada. —Me respondió mi padre asustado y con una voz tenue como para no ser escuchado.

—¿Y León, está con ustedes? —Increpé.

—No hija, él estaba en la cañada tomando agua y cerrando un broche, cuando inició la balacera, nos imaginamos que debe estar escondido. —Respondió papá.

En ese momento tuve un mal presentimiento y sin medir consecuencias solté al piso el dichoso costal y emprendí veloz carrera hacia el lugar que me habían indicado: lloraba, gritaba su nombre, lo buscaba como loca por todas partes donde veía una roca, creyendo encontrarlo ahí bien escondido, recorrí paso a paso todo el potrero con el macabro pensamiento de que iba a encontrar a mi muchacho muerto, yo pensaba que tenía que ir muy rápido porque como no me respondía a lo mejor estaba herido o habría entrado en pánico. ¡Qué desespero! ¡Qué incertidumbre!

Es tan grande el amor de una madre que yo no volví a escuchar balas, bombas ni metralletas; solo me importaba hallar con vida a mi hijo, mis oídos eran sordos al mundo externo, yo solo escuchaba mi voz interior que me repetía: “Busca a tu hijo, no lo dejes solo”

¡No sabía dónde buscarlo ya! Incliné mis rodillas al piso, levantando mi mirada y mis manos al cielo le decía a papito Dios: Tú me diste a mi hijo, no me lo vas a quitar, mira que ese es el bastón para mi vejez. En ese momento escuché una voz:

—Doña Leonor, venga, no haga ruido, a León se lo llevaron amarrado los paracos, ellos cogieron como para el Alto de Pliegues, eso es por el camino que conduce a San Matías donde viven los indígenas Emberá Katíos. —Me dijo Luis Carlos, el hijo de una vecina que se encontraba allí oculto.

Forasteros calificándome de foráneo

Con la información dada por aquel joven, me fui corriendo a la casa, empaqué en una tula mis documentos, los de mi hijo y una linterna por si me cogía la noche; emprendí camino hacia la dirección que me habían indicado; en media hora estaba en la quebrada “La soledad” cosa que uno se demora, normalmente, una hora para bajar de la casa hasta allá; al cruzar el puente me encontré con una señora que había trabajado cogiendo café, semanas antes, en mi casa y con cara de tragedia me dijo:

—Leo, ¿Qué hizo León, por qué lo lleva amarrado esa gente?

—Sin poderle contestar, caí en llanto, la abracé y haciendo un enorme esfuerzo para que las palabras me salieran del estómago. —Le respondí:

—Nada, mi muchacho no hace sino trabajar, ¿Dónde lo vio, por dónde van?

—Iban llegando a la partida para Reventón. —Contestó la preocupada mujer.

—¿Va herido, aporreado? ¿Cómo lo vio? —Volví a preguntar.

—No se le ve gota de sangre, solo asustado y cansado porque lo llevan amarrado y le alzarón un severo morral encima. Pero no nos quedemos perdiendo tiempo aquí, vaya rápido a ver si se los alcanza y habla por su hijo para que se lo suelten y si no se lo entregan, vaya donde el padre Oscar, para que él converse con el jefe de esa gente y liberen a Leoncito. —Dijo esta señora.

Sin sentir el cansancio físico, ni el sudor que mojaba todo mi cuerpo, caminaba como loca, llorando y orando al cielo para que no le pasara nada a mi muchacho.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando a la distancia, a unos doscientos metros, veo un uniformado: alto, negro como la oscuridad, ojos grandes y brotados, boca grande y labios gruesos, con la cara llena de cicatrices que le había dejado el acné, a lo mejor, en su adolescencia. Por sus características se notaba que no era de la región y por su voz se apreciaba que era costeño; cuando me acerco a unos diez metros me dijo:

—¡Quieta! ¡No se mueva!

No sé de dónde saqué fuerzas pero le dije:

—Usted sabrá si dispara, pero yo aquí no vine a hacerle visita a usted, yo estoy acá porque necesito hablar con su jefe para que me entregue a mi hijo y sin mediar más palabras entré hasta donde estaba el tal comandante ese, un tal “Bocanegra”. Paré, cuando varios de sus escoltas desasegararon esos fusiles y al mismo tiempo todos, me apuntaron y me dijeron:

—“Quieta gonorra o le disparamos, ya estamos enseñados a pisar mierda, vieja hijueputa”

—¿Quién es su hijo? —Me preguntó el mandón ese.

—El joven que traen amarrado, León es su nombre, él no hace nada malo a nadie, él solo sabe trabajar para darme lo que necesito. —Le respondí.

—Jajajaja, jajajaja, jajajaja, ¿Usted me habla del pelao que capturamos ahora al mediodía en un combate que sostuvimos con la guerrilla? —Me dijo.

—¿Perdón? ¿Guerrillero?, así se refiere usted a un hombre trabajador que si le mira bien las manos están talladas del machete, el hacha y el azadón de trabajar en el campo y que si es un guerrillero ¿Dónde le encontraron el arma? —Le vociferé.

—¡Piérdase de acá señora! No empeore las cosas y no se haga matar por engendrar guerrillos, él es tan delincuente que ni documentos tenía. —Interpuso el hombre de mal aspecto, quien estaba allí limpiando su arma.

—¡Qué ignorancia! Solo a ustedes se les ocurre que un labriego lleve los documentos para el rastrojo para que los bote o se le dañen con el invierno, ¡Qué torpeza! —Insistí.

—Señora, por lo que más quiera, váyase, las Autodefensas Campesinas (AUC) estamos acá en el territorio para limpiarlo de estos terroristas, como su hijo, que solo acaban con el estado, extorsionan y boletean a los comerciantes y finqueros del pueblo. —Añadió.

—Señor, por lo que más quiera, vea el documento de mi hijo, cerciórese de que es él, pregunte en la región por él y verá que le van a hablar bien y de lo juicioso que es. —Le insistí.

—Vea mujer, él ya está listo para el juicio, no tiene documentos, nadie lo conoce, es forastero, estaba en el lugar del enfrentamiento, no ha querido cantar; si en media hora no habla, toca ajusticiarlo. —Me dijo con toda la dureza que puede existir en una persona de esa calaña.

Expuesta a que me dispararan salí corriendo para el árbol donde me lo tenían amarrado como a un novillo cuando lo van a castrar: lo abracé, lo besé, le dije que lo amaba mucho y que de esta íbamos a salir con la ayuda de Dios; pero solo fueron unos segundos porque de inmediato, sentí unas manos gruesas que sin piedad me empujaron y me jalaron tan fuerte que me alejaron de mi hijo.

—¿Usted no entiende o quiere hacerle compañía en la tumba a este guerrillo? —Me gritó el infeliz.

—¡Piedad, piedad, piedad! ¡Mi hijo es inocente! era lo único que salía de mi garganta.

Me retiraron a unos cinco metros de distancia de mi hijo y me sentaron en un tronco de un árbol caído; seguidamente, lo incorporaron a él y le dijeron:

—“Guerrillero doble hijueputa, te vas a hacer matar por no cantar dónde están tus compañeros, quiénes son los milicianos de la vereda y del pueblo” y sin pensarlo dos veces ni por piedad a mis lágrimas, súplicas y lamentos, desenfundó su pistola y tres tiros le pegó en la cabeza a mi muchacho. Yo me sentí morir y me lancé sobre el cuerpo, sin vida, de mi hijo: nuevamente lo besaba, le acariciaba su carita, sus manos, sus ojitos y con mi voz desgastada de tanto llorar le repetía, una y otra vez, cuánto le amaba, al tiempo que recordaba desde el momento que lo tuve recién nacido en mis brazos y ¡Qué ironía! Hoy lo tenía en mis brazos, pero ya sin vida.

El arraigo pone en peligro la tranquilidad de miles de campesinos

A partir de ese momento, creo que, también me quitaron la vida, la alegría y las ganas de salir adelante; desde ese entonces no he hecho sino llorar y darle látigo a mi conciencia porque de haber aceptado las propuestas de algunos parientes radicados en la cabecera municipal y en la ciudad para que nos hubiéramos quedado en el pueblo o nos hubiéramos ido para Medellín la tercera vez que fuimos desplazados, a lo mejor las cosas, hoy, serían diferentes, quizás tendría a mi hijo vivo, mi Leoncito estaría conmigo pendiente de todo lo

que yo necesitara, porque buen hijo si era, pero ese amor por la tierrita que nos vio nacer, los animalitos que son el único ahorro que una va formando en el campo y las expectativas que una se hace con las cosechitas de café y de frijol son grandes, creyendo que las comodidades del campo son la mejor posibilidad para sobrevivir y salir adelante. —Dije entre lágrimas y penurias.

Sin interrupción alguna y sin parar de hablar, seguí comentando:

—Lo que soy yo, estoy acá por cuidar a mis dos viejos porque ya no tenemos sangre joven para arar la tierra ni bregue con animales bravos o arisco como es el ganado, la finquita se está cayendo desde que faltó mi muchacho, los malos vecinos se aprovechan de que no hay un hombre que hable por nosotros y se roban el revuelto que se produce, si se busca un peón, si se logra conseguir, éste, solo, en el tajo hace lo que quiere pero si cobra como si hubiera hecho mucho, entonces papá y mamá ya son dos ancianitos que también están afectados por la muerte de su único nieto, mi hijo, que era la persona que le aprendió a mi papá a trabajar y cuando llegó a los quince años empezó a enfrentar la finca. Ahora las enfermedades se les vinieron encima y con el dolor de haberlo tenido casi todo, hoy, vivimos de esperanzas fallidas porque no tenemos cómo trabajar ni quién nos dé un precio justo por la parcela para quedarnos aquí en el pueblito.

—“Aquí nos cogería la noche, el amanecer y quizás el fin de semana donde saquemos tiempo para hablarles de todito lo que ha sucedido en La Granja, desde desplazamientos, enfrentamientos armados entre el ejército y la guerrilla, los paracos y las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), hasta ejecuciones a campesinos inocentes porque siempre somos nosotros, los civiles, los que quedamos entre el fuego cruzado, entre la espada y la pared; unos nos tratan de auxiliares o milicianos de los otros y viceversa. — Seguía hablando

—Así como pasó con mi muchacho, le sucedió a doña Ofelia Betancur, viuda por las borracheras de su marido Nasario y quien quedó dependiendo en todo sentido de sus dos hijos, excelentes muchachos en la región cierta ocasión no llegaron sus hijos del trabajo y ella bien inhábil por problemas en las rodillas no podía salir de la casa a buscarlos o a preguntar por ellos y como cuando eso no existían los celulares y si existían, la guerrilla no los permitía a no ser que ellos tuvieran los números y los contactos de las personas que uno llamaba o que lo llamaran a uno, pero esa pobre viejita de dónde iba a tener un celular.

—Le sigo contando, a los dos días de no aparecer sus hijos, ella salió a pedir auxilio para que le ayudaran a averiguar por sus muchachos y fue cuando el padre Oscar, el párroco de acá, le dijo que el ejército había pasado para el pueblo con dos cuerpos embolsados, que a

él le había parecido muy raro porque no se había escuchado de combates por la región. ¡Qué le dijeron! Como pudo bajó a las partidas a esperar la escalera que viene de Santa Rita y ¡para Ituango se fue! Lo primero que hizo fue ir a la Inspección de policía y allí le dijeron que en la morgue del hospital había dos cuerpos pero que según el ejército eran dos guerrilleros caídos en combate y que nadie los había identificado, que ya tenían orden de sepultarlos, que si bajaba rápido al hospital, a lo mejor, tendría tiempo de verlos y hacer un reconocimiento; así lo hizo, como pudo con su inhalador en mano bajó hasta el lugar indicado, pero allí encontró una piedra en el camino, el comandante de los soldados no la quería dejar entrar a reconocer los cadáveres, según él, porque ya estaban reconocidos como integrantes de la guerrilla, ya se encontraban muy descompuestos y que había que enterrarlos cuanto antes. —Las súplicas de aquella mujer eran muchas e infructuosas.

—Comandante, yo no me demoro, yo solo quiero cerciorarme de que no sean mis hijos que están desaparecidos hace ya dos días. —Dijo doña Ofelia.

—¿Dos días y apenas pregunta por ellos? Esos no son sus hijos, estas son dos bajas dadas en combate en la vereda El Olivar de la Granja. —Le dijo el comandante ese.

—¡No me diga eso! Allá vivo yo con mis muchachos, pero ellos no son guerrilleros. —
Contestó ella.

Como si él supiera de quién se trataba, a lo mejor seguro de las fechorías (Maldad) que hicieron. —Le respondió:

—Señora, los cuerpos sin vida que tenemos acá en la morgue fueron dos individuos que perdieron la vida en un combate, estaban uniformados y con fusil en mano, sin son sus hijos entonces la tenían engañada y lo que usted no sabía era que estaban con la subversión.

—Pero señor, déjeme entrar a verlos y salimos de dudas. —Dijo la triste mujer.

En ese momento pasaba el sacerdote del pueblo, muy humanitario por cierto y que ya había trabajado en La Granja, el padre Ernesto Gómez y al verla tan inconsolable y enterarse de lo que allí estaba sucediendo en el momento, se acercó donde el militar y después de saludarlo le dijo:

—Caballero, tenga la bondad de permitirme acompañar a esta desconsolada mujer para que haga el reconocimiento de los cuerpos y pueda descartar que las personas que están allí son o no sus hijos.

—Señor cura, ya le he explicado a la señora de quienes se trata pero ella sigue insistiendo, creo que estamos perdiendo el tiempo porque esos cuerpos requieren pronta sepultura. —Dijo el mayor ese.

—Tenga el más mínimo gesto de humanidad, hágalo por el corazón roto que tiene esta madre, piense en su madre cómo estaría si uno de sus hijos o usted mismo se le llega a desaparecer o si hay mucho problema, espérenme yo traigo una orden directamente de la fiscalía. —Terminó diciendo el padrecito.

—Un momento, háganlo rápido. —Dijo el soldado ese.

El padre tomó del brazo a doña Ofelia y la condujo al lugar indicado y ¡Cuál fue su sorpresa! Los cuerpos que allí estaban, en efecto, eran sus dos hijos: Román y Julio. Aquí no termina todo, como pudo, a la caridad fue, pero le dio cristiana sepultura a sus dos únicos hijos, ya no quiso volver a la tierrita y se quedó en la vereda PíoX, cerca del pueblo donde una hermana solterona que tenía y digo tenía porque doña Ofelia murió esperando

justicia por este falso positivo y por una indemnización que le hiciera el estado; Ah, pero tampoco es todo, ella denunció a ese mayor del ejército ante la Personería municipal y a los días siguientes ese infeliz se la encontró en la calle, porque la viejita ya vivía de la caridad de las buenas personas y sin piedad alguna se le acercó y le dijo que retirara la denuncia si no quería que le pasara lo mismo que a sus dos hijos y fue tanto el temor de esa pobre vieja que no volvió a la oficina del Personero, se encerró en la casa y la pena moral la salió matando. Yo sigo insistiendo, por estar de apegados a estas tierras es que nos están matando porque es aquí donde uno está desprotegido y a lo que quieran hacer con uno los grupos armados que van cruzando el territorio.

¡Secuelas de la guerra sanadas con solo estadística!

Para el Estado colombiano es muy fácil hablar de cifras de desplazados, de víctimas y supuestamente de números o cantidades de familias reparadas o indemnizadas; pero qué engaño tan grande cuando se refieren a la atención que nos prestan, ¡Mentiras es lo que hablan! Deberían estar preocupados por erradicar la violencia y permitirnos trabajar tranquilos en el campo, esa sería la mejor reparación para las víctimas en Colombia.

Una como víctima se acerca a la Personería o a la Unidad de Atención al desplazado y siempre escucha las mismas respuestas; en primer lugar, siempre te hace falta uno o varios documentos o, en su defecto, una actualización de los mismos; seguidamente, te dicen que el proceso está en investigación y que aún no han definido si te reconocen como víctima o no; luego, que si va a haber una reparación pero que no han asignado los recursos para hacerlo; después, te dicen que el gobierno asignó una partida para reparar a las víctimas pero que van a priorizar adultos mayores, personas con enfermedades catastróficas y núcleos familiares con más de dos menores de edad o que tengan hijos estudiando; por último, te dicen que hay que tener paciencia. Claro que sí, paciencia no, muchaaaaa paciencia es lo que hemos tenido con el Estado colombiano, personalmente, ya son veinticinco años como víctima y no he recibido la primera ayuda, ya también despedí a mis dos viejos, quienes se fueron al cielo con la ilusión de ver llegar esos pesitos para comprarme un ranchito en un lugar donde pueda estar más tranquila, ¡El cementerio será! jajaja —Ríe al momento que da a conocer sus inconformidades.

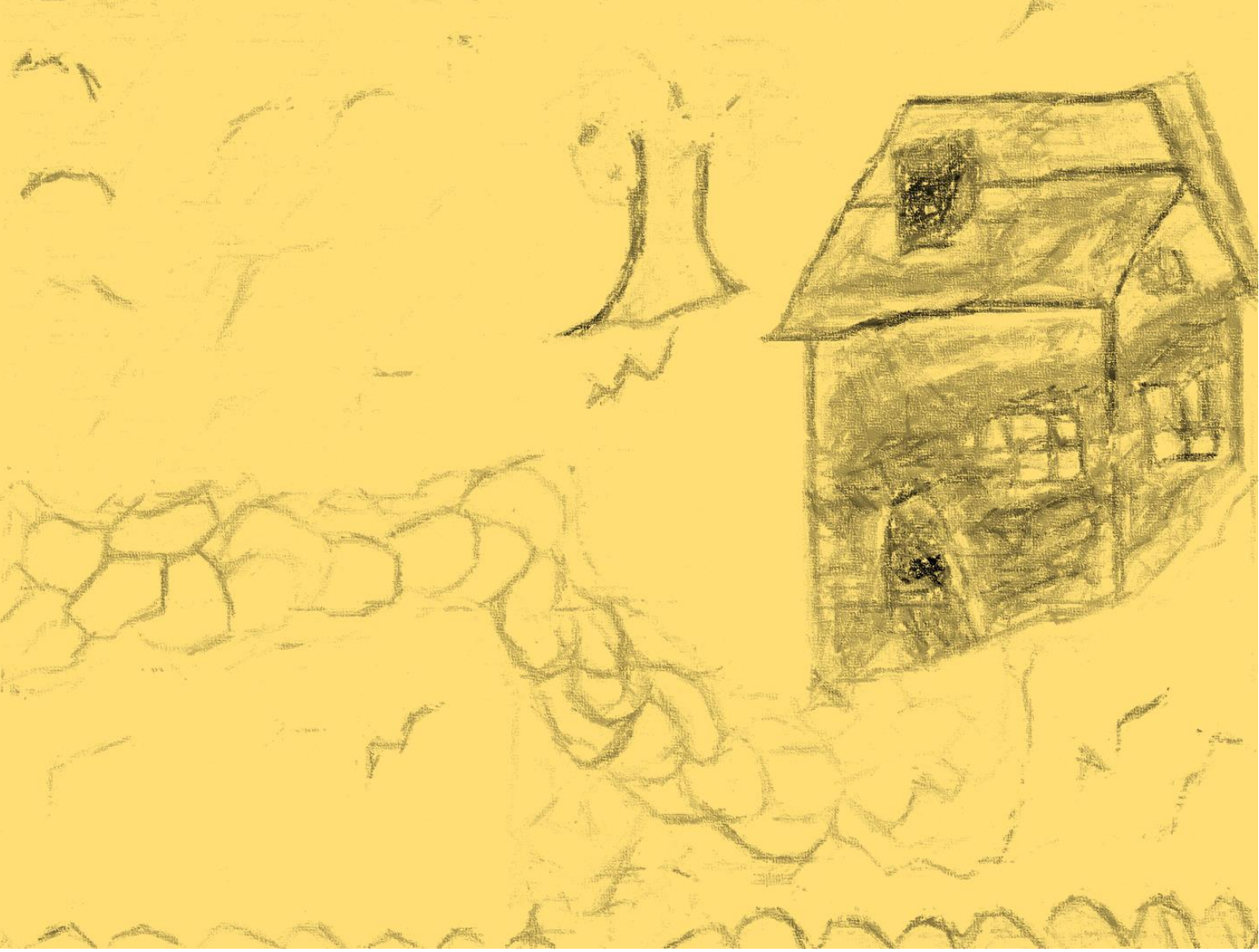
Acá al corregimiento de la Granja ha venido mucha gente, organizaciones, grupos sociales, Defensores de Derechos Humanos, políticos y hasta periodistas, todos con el mismo cuento de que harán respetar nuestros derechos y que van a trabajar incansablemente para que el gobierno central dirija su mirada para acá y nos ayuden; pero

en realidad todos vienen acá solo con mentira, creo que muchos de nosotros, por no decir que a todos, nos va a llegar la hora de la muerte esperando la verdadera presencia del Estado.

Se escucha muy bonito cuando los Presidentes, los Gobernadores, los Alcaldes y los políticos en general hablan por la televisión, las emisoras o en campañas, diciendo que ahora sí vamos a tener atención, reparación, indemnización y atención integral, pero la realidad es otra: aquí solo llegan de la Unidad de Víctimas con algunas charlas o capacitaciones de psicología; trabajadores sociales, expertos en Derecho, pero se les nota mayor interés por recoger las firmas en sus planillas para que les garanticen el pago de sus servicios, que viéndolo bien, es lo único positivo de las víctimas: estamos generando empleo.

Y ya para terminar porque me voy, que el hambre es mucha y aquí no me van a dar frijoles, le resumo: a nosotros los campesinos las heridas de la guerra nos las vamos sanando, limpiándonos el cuatro letras, con el recorte de prensa donde salen las mentiras de la cantidad de personas reparadas y el símbolo pesos con los muchos ceros que, según ellos, nos están entregando. En conclusión, en Colombia la reparación a víctimas es solo estadística.

¡He dicho! Y en La Granja y El Aro cometieron un delito de lesa humanidad y esperamos que algún día se acuerden de cada una de las víctimas y de sus familias.



CARTA A TU HIJO DE LA GUERRA

Con amor,

“Seguiremos siendo un pueblo donde la dignidad y los derechos no se hacen efectivos, donde los campos seguirán siendo abandonados y manchados de sangre y donde es muy lindo vivir, pero casi imposible”

-Teresita Jaramillo

Hemos sido aporreados por la violencia, la injusticia, la soledad y el olvido... Somos los hijos de la guerra.